

CARLOS SISÍ
HOMINE
EX MACHINA



minotauro

CARLOS SISÍ

HOMINE EX MACHINA

minotauro

© Carlos Sisí, 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2021
Avda. Diagonal 662-664, 08034 Barcelona
www.edicionesminotauro.com
www.planetadelibros.com
Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-450-0975-8
Depósito legal: B. 338-2021
Preimpresión: El Taller del Llibre
Impreso en España
Printed in Spain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Capítulo 1

Servicio no disponible

2037

Irvin Gilmore miró la pantalla de su terminal con una ceja levantada. Sesenta y siete años a su espalda le habían hecho presenciar un gran número de eventos: avances tecnológicos, cambios sociales, recesos y retrocesos, logros, victorias, derrotas, desastres, vueltas y revueltas en las que la Humanidad había cabalgado como había podido, pero nunca hubiera esperado volver a los días sin conexión.

SERVICIOS NO DISPONIBLES.

Era todo lo que decía la pantalla del terminal.

Otra vez.

Suspiró brevemente.

Solía hacer una enorme cantidad de cosas en el trayecto al trabajo: mirar noticias, participar en redes sociales, sincronizar su agenda, leer mensajes del trabajo... pero, sin conexión, su terminal era tan útil como un vaso de agua salada en mitad del océano.

Cabía la posibilidad, sin embargo, de que el problema fuera únicamente suyo. Algún problema de configuración, un desajuste. El terminal no le informaba de ninguna anomalía a través de sus procesos de autoanálisis y revisión internos, pero siempre había cosas, claro. Incidencias, averías... había un buen centenar de fallos que esos protocolos ni siquiera podían intuir.

Irvin miró el poste de información junto a la parada del Celeris. La pantalla tenía una tonalidad roja con un símbolo de exclamación en un círculo. SIN DATOS. Debajo, la traducción en mandarín.

«Sin datos», pensó Irvin contrariado.

Ya había vivido eso antes, hacía solo una semana, y tuvo una sospecha. Miró su pulsera personal para comprobar y descubrió que también emitía una tonalidad rojiza. El rojo era... bueno, el rojo era malo. Significaba que tampoco estaba recibiendo datos. Casi todos los dispositivos emitían la misma señal cuando no podían conectarse a la Red.

Era una contrariedad, desde luego. Irvin solía organizar bastantes cosas del trabajo con su terminal en el trayecto. No era cosa de adelantar trabajo ni de ganar tiempo; la empresa contaba con que sus empleados estuvieran ya operativos y trabajando desde que entraban en el tubo del Celeris, así que tendría que emitir una Disculpa a la empresa y formalizarla, lo que reduciría su cuota de horas en el *TimeSheet* semanal.

—Sin datos —exclamó, ahora en voz alta, y puso los ojos en blanco. Era algo inaudito, excepcional. ¿Sería un corte temporal?, ¿estaría localizado en una zona, su zona? Debía de ser algo local. Sin acceso a la Red, casi nada iba a funcionar demasiado bien esa mañana. Sería un auténtico caos.

Estaba pensando en ello cuando un hombre se sentó a su lado, al otro extremo del banco. Llevaba una capucha naranja cubriéndole la cabeza y guantes negros, y aunque no consiguió verle el rostro, se trataba de alguien joven a juzgar por su indumentaria, incluyendo calzado deportivo.

Irvin no solía hablar con nadie en el Celeris; casi nadie lo hacía. La gente usaba sus terminales para mantenerse en contacto con sus familiares y amigos; de todas maneras, eso al menos propiciaba algunas sonrisas en los rostros grises y adormilados de las primeras horas del día. Sin embargo, quería preguntar. Necesitaba preguntar.

—Disculpe —dijo con cierta timidez.

El hombre se volvió con gesto inquisitivo. Era un hombre

de color, pulcramente afeitado. Y joven, de hecho, como había predicho. El blanco de los ojos parecía centellear con el neón publicitario del poste de la parada.

—¿Sí? —preguntó.

Irvin levantó brevemente su terminal.

—No tengo... datos —dijo—. Me preguntaba si... te pasa lo mismo.

El hombre de color sonrió, asintiendo con la cabeza.

—Claro —dijo—. Le pasa a todo el mundo. ¿No te has dado cuenta al salir de casa? No hay Red.

—No hay Red —repitió Irvin impresionado.

—Ya —dijo—. Hasta es raro decirlo, ¿verdad?

Irvin sacudió la cabeza.

—Hace una semana...

—Sí —interrumpió el hombre de color—. Hace una semana pasó otra vez. Poco tiempo, apenas una hora. Fue mientras nos enrutaban a una nueva zona de servidores, una previsión para la guerra.

Irvin sacudió la cabeza.

—La guerra... así que va en serio.

El hombre de color torció el gesto y le dirigió una mirada divertida.

—¿Que si va en serio? —graznó—. ¡Pero hombre! ¡Pues claro que va en serio! ¿Qué esperaba?

Irvin se encogió de hombros y sonrió con cierta timidez a modo de disculpa. Sabía que su país y China estaban en guerra desde hacía meses. Diversas presiones políticas y una contienda económica que duraba ya casi una década habían hecho saltar la situación por los aires, y los dos gigantes se habían declarado la guerra casi simultáneamente. El impacto en la economía, como cualquier movimiento político de gran escala, no tardó en notarse, por supuesto, pero aparte de eso no parecía haber habido impacto militar de ninguna clase. Era el año 2037, pero los misiles no se habían precipitado a surcar los cielos, los aviones no bombardeaban ni se habían enviado barcos cargados con tropas para luchar.

—Bueno... No lo sé... Quiero decir, las guerras ya no son como antes, ¿no? Ni siquiera hay... campo de batalla.

El hombre de color le dedicó una mirada risueña.

—Se refiere a... ¿liarse a tiros y bombas por ahí? —exclamó al fin, y entonces soltó una pequeña carcajada.

Irvin asintió sonriendo. El hombre de color tenía una risa explosiva y contagiosa.

—No se equivoca usted —dijo el joven, ahora mirando al suelo, con las manos recogidas dentro de la sudadera—. Todo eso llegará, pero no todavía. Todavía no. Ahora la guerra está en la Red.

—En... ¿en la Red? —preguntó Irvin.

El joven asintió.

Una unidad Nuove de reparto pasó circulando despacio a su lado y maniobró grácilmente para meterse en su estación de carga. Allí, simplemente, se detuvo. En el lateral, una pantalla informaba: SIN SERVICIO.

—¿Lo ve? —preguntó el joven señalando con un gesto de cabeza—. ¿Cuándo fue la última vez que vio una Nuove parada en su estación de carga? Esos trastos no paran, reparten paquetes todo el día.

—Claro —exclamó Irvin—. Si no hay Red, imagino que no puede... entregar nada.

—Exacto, amigo. Esa es la cosa, ahí lo tiene. Esta vez se quedará ahí por un buen rato antes de que pueda seguir con el reparto, me parece. La cosa va para largo. La guerra está en la Red. Oiga, soy ingeniero informático, ¿sabe? Conocerá un montón de ingenieros informáticos, ya lo sé, es lo que hacemos todos estos días, pero quiero decir... que sé de lo que hablo. Diseño sistemas de seguridad para protocolos de red. En el trabajo lo llamamos jugar al ping-pong, ¿sabe?, porque antiguamente, cuando una máquina se conectaba con otra, una preguntaba: «¿Ping?» y el servidor, al establecer la conexión, respondía «¡Pong!». —Hizo un gesto vago con la mano—. Bueno, quizá le estoy dando la brasa...

—No, no, por favor —se apresuró a decir Irvin—. Me interesa.

De repente pensó en añadir: «Echaba de menos hablar con desconocidos en la calle», pero finalmente prefirió no decir nada. No decir nada era siempre mejor: Las palabras podían ser traicioneras y ese desconocido en concreto podía molestarse, podía interpretarle mal, podía ser... desagradable. Hablar con desconocidos era siempre arriesgado.

—Me llamo Irvin, por cierto —añadió algo incómodo.

—Ah, de puta madre. Yo soy Eimen.

Irvin asintió.

—Entonces, la guerra está en la Red... —dijo a modo de invitación para reanudar la conversación.

—Exacto. Así es como funcionan las cosas, ahora y hace unas décadas. Desde que todo empezó a estar colgado de servidores en todas partes. El gran salto tecnológico de principios de siglo, ¿no?

—Oh, sí —dijo Irvin. Tenía una edad y recordaba perfectamente cómo la Red había ido cambiando el mundo, poco a poco, a medida que se instalaba en las vidas de la gente. Las redes sociales. Los dispositivos. Y no solo eso, había cambiado la educación, la salud, los gobiernos, la manera de pensar, sentir y relacionarse de la gente—. El... Internet.

—Sí —dijo Eimen—. Exacto, tío. El Internet. ¡Vaya! Hacía que no escuchaba esa palabra como... diez años, me parece. Antes todo era... Internet esto, Internet lo otro. Vaya palabra. Casi da miedo, ¿no?

—Casi da miedo... —exclamó Irvin pensativo.

—Ahora todo está en la Red. Vas a mear y tu puñetero retrete hace un análisis rapidito y conecta con el sistema de salud; los resultados salen en tu terminal mientras te lavas las manos. Vas por la calle y el dron mensajero te localiza por GPS y te entrega un paquete que habías comprado porque viste una publicidad hecha exclusivamente para ti, basada en tus búsquedas e historial de compras. El sistema incluso aplica un descuento ajustado a tu percentil de compras para asegurarse de no fallar. Tus salidas, datos, tu dinero, amigos... están todos en la Red. Sobre todo los amigos. Si eres como yo, pasarás más tiempo hablando con tus amigos desde tu terminal que quedando en alguna parte...

—Sí, desde luego —admitió Irvin.

—Todos esos datos están en la Red, en alguna parte; en granjas de servidores repartidas por todas partes, incluso... —señaló con el dedo— ahí arriba, orbitando en el espacio. Si lees cómo funciona todo eso en una revista, puede parecer supercomplejo, pero... pero al final del día, tío... al final del día, todos esos datos están en un fichero en un disco duro en un ordenador. Y hay dos maneras de acceder a ellos. O mandas un tío con un arma y lo revientas con una bomba, o accedes por el mismo canal por el que esos datos son consultados cada vez que miras tu banco en tu terminal...

—Por la Red —dijo Irvin asintiendo.

Eimen asintió, le guiñó un ojo y se ajustó la capucha sobre la cabeza.

—Ahí la llevas. Exacto. Imagina si todos esos datos se... resolvieran. Ahí no solo están tus amigos, los juegos, las... pelis. Ahí está todo, y cuando digo todo, es todo. Los historiales médicos, el dinero en los bancos, los POI, los presupuestos gubernamentales, los historiales criminales, las deudas... ¿tienes un título en alguna universidad? Está ahí. Ahí dice lo que eres, y quién eres, y como tú, todos nosotros. En una situación de guerra, imagina si alguien pudiera entrar en ese fichero, en ese disco duro, en ese ordenador, y... liarla. No me refiero a destruirlo, lo que sería malo. Me refiero a barajar todos los datos. Mezclarlos. Alterarlos aleatoriamente. Miras tu banco y tienes solamente veintiséis centavos, y ya no tienes una licenciatura, sino un historial criminal y estás en el registro de abusos sexuales a menores. Y en cuanto al Gobierno, ya no tiene dinero en sus cuentas. Su historial de registros se ha cambiado por quince mil películas coreanas de ninjas y robots, y resulta que el presidente de los Estados Unidos se llama ahora Pablo Morales y vive en Tijuana. Es oficial, ¿vale? Está en todos los registros firmados por protocolos oficiales sellados.

Irvin dio un respingo.

—Exacto —dijo Eimen—. Un caos garantizado. Sería como quitarle el coche y sus terminales a una pareja que cruza Nevada

por la 50, dejándoles tirados y a su suerte. Tenían el maletero lleno de latas de Surge de lima y de sándwiches de atún, ¿vale? Tenían conexión Premium y cuatro mil pavos aprobados en su monedero, pero de repente no tienen un carajo; miran el desierto y se quedan alucinados porque no han estado en un lugar así en sus puñeteras vidas... no saben ni manejarse sin el terminal. ¿Dónde está el norte?, ¿cómo solucionarán sus problemas sin su Ángel?, ¿a quién le pedirán comida y cómo?, ¿llegarán los Nuove hasta allí? A los cuatro días están más fritos que una barra de proteínas que has dejado sin proteger sobre la encimera de tu cocina.

—Entiendo —dijo Irvin escuchando con interés.

—En fin, tío. Por eso, la guerra está ahí. Quieren quitarnos todo, dejarnos en la Edad Media ahora que todos hemos desaprendido a vivir con nuestros asistentes y... —levantó su terminal con la mano, sopesándolo unos instantes— estos cacharros maravillosos que lo hacen todo por nosotros.

Irvin asintió.

—Pero... ¿pueden... pueden hacerlo? —preguntó, ahora preocupado—. ¿Pueden hacer eso de verdad?

—Bueno, tío —exclamó el joven—. Es una guerra, ¿vale? Decenas de miles de expertos informáticos combaten a diario, incansablemente, saltando a la Red por miles de túneles fabricados para socavar las estructuras de seguridad, intentando joder los sistemas del otro país. Me refiero a tipos realmente listos, llamados a filas por su Gobierno para que pongan lo mejor de su carísima educación y experiencia para que combinen sus talentos y consigan darle la vuelta a la Red. Buscarle las cosquillas. Vagabundean, buscan huecos, miran y remiran. Cualquiera cosa sirve. Una aplicación basura de apuestas con economonedas puede tener un problema de seguridad que puede explotarse. Cualquiera de esos juegos que te permite... no sé... tirarle huevos a un montón de pringados que juegan *online* por un poco de publicidad, puede ser una máquina.

—Pero... ¿pueden hacer eso? —insistió Irvin—. ¿Realmente pueden hacerlo?

Eimen miró la unidad Nuove aparcada, con el indicador de carga encendido en verde. Llevaba allí varios minutos, así que, por supuesto, estaba completamente cargada, pero sin destinos que consultar.

—Esos genios inventan metalenguajes nuevos diseñados para pasarse por el forro los bloqueos y las medidas de seguridad. Fabrican cápsulas de código que se esconden en cada puñetero paquete que se genera en la Red. ¿Haces un pedido al Kentucky para comer pollo frito? Pegado a tu pedido viaja una bomba lógica programada por tres genios informáticos con un propósito determinado, como un... como un pequeño terrorista. Cuando todo ese esfuerzo se combina... bueno... es como golpear un muro con una piedrecita. Una sola no hará nada, pero... ¿y seiscientos millones de piedrecitas golpeando una y otra y otra vez?

—Oh, vaya —dijo Irvin ceñudo.

—El problema principal son los terminales. Todos tenemos uno, claro, pero a efectos prácticos... nos rodeamos de más terminales que son pequeños ordenadores capaces de ejecutar código. Veo que tienes una pulsera sanitaria...

—Ah... —dijo Irvin levantando el brazo—. Sí. Tengo antecedentes en la familia, así que...

—Así que tienes que llevar una, claro —dijo—. Lo llamamos pulsera porque es lo que parece, pero esa cosa tiene seis núcleos, tiene memoria RAM, y aunque rudimentaria, tiene una GPU. Tiene un sistema operativo, y puede ejecutar código. De hecho, lo hace. Continuamente. Lo más importante, tiene un *glock* para conectarse a la Red. Envía y recibe, recibe y envía. Si esos genios informáticos militares envían uno de sus pequeños paquetes bomba al aire, tu pulsera se convertirá en el enemigo. Mientras estás ahí sentado, tu pulsera está enviando peticiones a una lista de servidores clave, abriendo puertas de nodos, confundiendo la Red, llenándolo todo de basura.

Irvin miró su muñeca como si la estuviera viendo por primera vez.

—Ese es el problema —siguió diciendo Eimer—. No es solo la pulsera. Casi todos los dispositivos se conectan a la Red de

una manera o de otra, y todos son ordenadores que tienen un sistema operativo y ejecutan código. En la práctica, solo en una casa cualquiera puede haber entre cinco y veinte soldados. Si sales a la calle, entre farolas inteligentes, medidores, reguladores, estaciones de carga, paneles publicitarios, cámaras y vehículos privados, ya tendrás una centena. Pueden infectarse con código malicioso y convertirse en... bueno, pequeños soldados al servicio de quienes los programan.

Irvin sacudió la cabeza.

—Espera... —susurró—, he leído sobre eso. ¿Cómo los llamaban...?

—Zombis —exclamó Eimer sonriendo.

—Sí —dijo Irvin—. Eso es. Zombis. ¿No es... divertido?

Irvin pensó en todo lo que debería estar haciendo, en su pulsera, que había dejado de funcionar, y en la unidad Nuove desconectada y desatendiendo su reparto, y sacudió la cabeza.

—No parece que sea muy divertido —apuntó—. Pero entonces... ¿la Red no funciona debido a los ataques?

—No —exclamó—. No, no. Aún es pronto para eso. Han cortado para aplicar alguna medida física. Lo hemos estado notando en la oficina, han ido limitando los nodos de manera secuencial, por zonas. ¿No has notado que la Red iba más lenta estos días? Por un lado, era debido a la intensa actividad, pero, por otro... digamos que la Red se había convertido en una delgada maraña de hilos con la estructura mínima para mantenerse, pero no sería capaz de atrapar un mosquito que fuera dando tumbos por el aire. Han debido de instalar un cortafuegos algo potente. Lo sabremos cuando conecten de nuevo, a ver qué pasa con las conexiones. Para mi oficina será un montón de trabajo, eso seguro. Te apuesto a que tenemos que actualizar un montón de aplicaciones, cabeceras... una pesadilla.

—¿Y pueden... cortar la Red así como así? Creía que era algo global, no sé... La Red funciona en todo el mundo, ¿no?

—Pueden. Desde que se firmó el Acta de Marshall en el veinticinco. Esta zona de la Red pertenece a nuestro gobierno, y ahora que está militarizada debido a la guerra, podrían limitar todo

tanto como quieran. De hecho, si pudieran, lo cortarían todo. Oh, les encantaría hacerlo. Pero la Red es el motor económico más importante del país. Todos los trabajos, la producción.

—Es... es alucinante —soltó Irvin.

—Lo es.

Permanecieron en silencio unos instantes.

Irvin había leído sobre algunas de esas cosas, por supuesto, pero... la informática, los ordenadores, la Red... eran algo que no le incumbían demasiado. Ese tipo de cosas formaban parte de la vida, desde luego, pero eran como la electricidad. La electricidad estaba ahí, la usabas a diario, pero no te preguntabas cómo hacía lo que hacía mientras lo hiciese; el tipo de cosas en las que nadie repara hasta que fallan, como una pareja sentimental con la que llevas conviviendo treinta años. Estás tan acostumbrado a ella que terminas por no valorar la compañía, el esfuerzo, los gestos y detalles. Pero ahora que no estaba... se preguntaba qué demonios iba a hacer en el trabajo cuando llegase. Podría tener una o dos reuniones innecesarias, tal vez, con algún jefe de departamento, y ponerse al día en uno o dos detalles, pero sería un paripé. Literalmente ninguna de las cosas de las que tenía que ocuparse podían hacerse sin la Red. Exactamente igual que cuando pierdes a tu pareja sentimental de treinta años; te plantas en medio de tu vida preguntándote qué se supone que hacías antes de tu vida en conjunto.

—¿Y si ganan? —preguntó Irvin al fin.

Eimer suspiró.

—No sería... bueno. La Red controla las comunicaciones, el transporte... hasta el suministro de energía. Nos dejarían en pañales. No sería bueno, no. Pero antes de llegar a eso, te aseguro que tomarán otras medidas. O sea, imagina que estás en guerra con tu vecino en pleno invierno, ¿vale? Dos cabañas, nieve mucho y hace frío, hace tela de frío. Ese rollo, ¿vale? Pues estás en eso y cuando miras por la ventana, de repente, ves que el tipo camina hacia la pila de leña que tienes preparada para el invierno. Lleva un bidón de gasolina en la mano, y lo pillas en seguida. Va a joder la pila de leña, es lo que va a hacer. Va a hacerla arder. Y

no solo la leña, también el almacén de provisiones, que está en una caseta anexa, al que por cierto llega el cable de electricidad que viene del único tendido que hay en la zona. Significa que te quedarás sin luz. Si lo hace... bueno, ya está, habrá ganado. El tipo estará en su casa, calentito y llenándose la barriga con sopa caliente y lonchas de carne seca mientras tú mueres lentamente de frío, en la oscuridad, sin nada que llevarte a la boca.

—Comprendo... —dijo Irvin.

—Así que... —Se encogió de hombros—. ¿Qué harías tú?

—Ya, ya lo entiendo...

Eimer asintió.

—Antes de que ocurra... si se ven superados por los informáticos y perciben que están a punto de perder sus sistemas, y hablo de... perder el control incluso de las puertas de los silos donde tienen sus misiles... entonces...

—Habrá guerra.

Eimer asintió.

—La guerra que tú decías. La de antes.

—La de verdad —susurró Irvin.

—La de verdad....

Se quedaron otra vez en silencio. Al cabo de un rato, Irvin comprobó que otras personas se habían ido incorporando a la parada del Celeris: allí había otro tipo, y allí una chica joven que parecía una escultura de cera. No muy lejos, un tipo con... con algo de barriga. ¡Una barriga! «La barriga es el hipocentro de la salud», decían en todos los centros sanitarios; ese hombre debía de estar pagando una pasta en impuestos extra por la suya. Y unos cuantos pasos por detrás, una señora mayor con una expresión de desdén y un brazalete prioritario. Ni siquiera se había dado cuenta de todo ese movimiento, inmerso como había estado en la conversación. De repente, todo eso de la guerra estaba cobrando una dimensión diferente en su cabeza. El mundo en el 2037 era confuso, era rápido, despiadado, era impersonal y era... terriblemente comercial. Había millones, decenas de millones de productos saltando alocadamente en todos los terminales, en cada red social, en forma de publicidad, de ofertas

puntuales que germinaban espontáneamente y duraban, quizá, una hora, para desaparecer sustituidas por otras. Podías comprar algo y recibirlo donde estuvieras en el mismo día, pero mientras esperabas la entrega, un producto mejor, más competitivo y barato, salía a la venta. Por ese y otros factores, con una economía desigual que marcaba más que nunca la diferencia de clases, el mercado de segunda mano era una contienda histórica con más movimiento que las corrientes transoceánicas submarinas. Allí, los menos pudientes luchaban por conseguir el último producto de moda, el segundo mejor trasto de la lista de trastos estrella en las tiendas electrónicas, el que seguro, seguro, seguro, proporcionaba por fin la felicidad del consumismo materialista.

En ese contexto despiadado donde la compra y la venta era la actividad estrella, la guerra pasaba fácilmente a un segundo plano. Ni siquiera había demasiadas noticias porque ya nadie creía en las noticias. La sociedad del 2037 había comprendido (por fin) que las noticias eran publicidad absurda destinada a la manipulación de masas, siempre manejadas por ideologías suscritas por intereses comerciales y financieros; patrañas exageradas o suavizadas que raramente dejaban entrever la noticia en sí. Los que no lo habían comprendido, simplemente, vivían más felices ignorándolas. No les interesaban. ¿Qué sentido tenía estar al día de ciertas cosas si esas cosas raramente incidían en tu vida? Al final del día estaba el trabajo y el ocio, el ocio y el trabajo. El segundo permitía acceder al primero, y eso... eso era todo: ganar dinero y gastarlo. Gastarlo *online*, en comida a domicilio, en cosas. Y así pasaban los días, una semana seguía a la otra, los meses volaban, y el dinero cambiaba de manos sin descanso.

Pero ahora... la guerra se revelaba como algo real. Estaba ahí, empaquetada en conjuntos de datos digitales que se generaban cuando visitabas sitios web, cuando metías cosas en la cesta de la compra, cuando actualizabas tus preferencias de usuario en la Red y le pedías a tu Ángel que te avisara dentro de cuatro horas para ver el piloto de una nueva serie en estreno simultáneo en todo el globo. Todo eso era la guerra también.

Y la perspectiva de que pudiera hacerse real...

Real a nivel de suelo, de barro, de botas, de hombres rudos con sofisticados trajes de varios millones de euros que corrían entre edificios destruidos por bombas que luchaban por ahí, en cualquier parte, en...

«En otra parte», pensó.

Las guerras siempre eran en otra parte. El Emporio del Dólar debía mantenerse intacto a toda costa para que la gente pudiera seguir comprando, consumiendo...

Pero... ¿y si no era en otra parte? ¿Y si la guerra era...?

Allí mismo. En casa.

Cerró los ojos.

Eimer se incorporó de repente. Irvin no se había dado cuenta hasta ese momento, pero el joven hombre de color era alto, muy, muy alto.

—¿Sabe? Lo peor de todo esto es que uno no tiene ni idea de qué hora es. Sin la Red, ya no tenemos ni eso. Creo que iré andando. Total, esto va a durar bastante y no me parece que vaya a poder hacer gran cosa en el curro.

—Ah, lo entiendo —dijo Irvin—. Es buena idea.

—Bueno, tío. Encantado. Ya nos vamos viendo.

—Sí, encantado. Hasta otra.

El hombre se puso a andar. Caminaba casi de puntillas, dando grandes zancadas, las manos metidas en los bolsillos de la sudadera. Le observó alejarse durante un rato, pensativo, hasta que sintió una mirada en la nuca. La señora mayor del brazalete estaba mirándole con un gesto de desagrado en el rostro; seguramente no aprobaba que el hombre de color y él, dos claros desconocidos a juzgar por la conversación, hubieran estado hablando en la parada. Ese tipo de interacciones sociales no eran muy comunes.

Irvin pensó en decirle algo, pero desistió. En lugar de eso, miró la calle otra vez, pero ahora pensaba en vehículos blindados discurriendo pesadamente por ella entre el humo y el fuego de los edificios semiderruidos por el fragor de la guerra.